



LA ESPADA
DEL DUQUE DE ALBA.
—
NOVELA HISTÓRICA.

DEL PELIGRO DE LAS VENTANAS QUE CAEN AL RÍO.



El 8 de agosto de 1556 descargó al anochecer una gran tempestad en la ciudad de Gante. Mientras que los habitantes se apresuraban á recogerse, para librarse de los torrentes de agua que empezaban á inundar las calles, y se santiguaban devotamente al ver los relámpagos, solo un jóven

parecía recrearse con aquel espectáculo de la naturaleza, y su frente habitualmente arrugada tomaba una estraña espresion de alegría. Este jóven se llamaba Joos Claes, y egercia como su padre Antonio, el oficio de tornero, en el cual sobresalía.

En todo el reino de los Países Bajos, nadie como él sabia tornear y cincelar el respaldo de una silla, ó el mango de ébano de un cuchillo, no pudiendo dar cumplimiento á los encargos de sus numerosos parroquianos. Habria ganado mucho dinero si hubiese sido tan laborioso, so como inteligente, pero Joos rara vez trabajaba. Cuando se ponía al torno, al momento se le cansaba el pié de mover la rueda y la mano de cincelar. Bajaba la cabeza

se entregaba á sus constantes cavilaciones, y cuando la voz de su madre le sacaba de su meditabundo estado, se conmovía como si hubiese despertado de un sueño profundo, y se separaba para ocultar las lágrimas que humedecían sus ojos.

Alligida entonces esta de ver contristado y sufriendo al único hijo que tenía, le suplicaba no la ocultase por mas tiempo el secreto que le causaba tales disgustos, asegurándole que no la faltaria medio de consolarle; pero él contestaba que ningun secreto tenía, y se ponía á trabajar entregándose bien pronto á su inacción y á sus lágrimas.

Déjnos el juzgar de la inquietud de la pobre viuda, á quien, de siete niños y un marido honrado y cariñoso, no la quedaba mas que este solo hijo.

Aquellos fallecieron en una semana, y el padre que no habia podido soportar esta cruel pérdida, sucumbió tambien, y fué á rennirse á ellos. La señora Gertrudis en fuerza de cuidado y anhelos, pudo salvar al pequeño Joos, de edad de cuatro años. Desde entonces él constituía toda su felicidad, y hubiera dado la vida de buena gana, por volver á ver en los lábios del jóven una de aquellas tiernas y dulces sonrisas que la deleitaban, cuando aquel era muchacho; pero, ya lo he dicho, una profunda tristeza, un pesar cuya causa ocultaba con obstinacion, le consumian lentamente.

Todos los dias bien entrada la noche y á la hora en que la campana invitaba á los vecinos á recogerse, salia Joos



Joos.

de casa marchándose, Dios sabe á donde, con riesgo de que le hiciesen fuego y le matasen las numerosas patrullas que recorrían la ciudad. Una vez quiso su madre

impedirle estas peligrosas escursiones; pero él, dócil y timorato hasta entonces, no titubeó en desobedecerla, por lo que esta se propuso no oponérsele, y le dejaba salir á su arbitrio á pesar de las mortales angustias en que quedaba hasta que volvía.

El dia que se ha referido á la cabeza de esta historia, Joos, que parecia, segun ya he dicho, recrearse con la tempestad, se embozó en su capa á eso de las diez de la noche, y salió como de costumbre, dirigiéndose por rodeos con el objeto de ocultarse á la vista de los que hubieran podido seguirle, hácia el cuartel ó barrio que hay á la orilla del Tere. Así que hubo llegado á la calle de... desató un bote sujeto á una argolla de hierro, se metió en él, y ayudado de una percha, encaminóse hácia una casa que habia á unos doscientos pasos cuya espalda bañaba el rio por los cimientos. Examinó luego con cuidado las ventanas de esta casa, iluminadas interiormente la mayor parte, y aguardó con calma, á pesar de la lluvia que caia, á que se apagáran las luces.

Cuando se estinguió la última al cabo de un cuarto de hora, se abrió con lentitud una ventana. Levantó Joos rápidamente la cabeza, y radiante de alegría desató una escala de seda que llevaba en la cintura, y la ató á un cordoncito que bajaba de la ventana á lo largo de la pared. Volvió á subirse el cordon con la escala, y á la luz de un relámpago, pudo Joos distinguir dos blancas y pequeñas manos que ataban los nudos á los hierros de la ventana, Joos se encaramó rápidamente sobre el frágil apoyo, y se halló cara á cara con una jóven cuya frente quiso besar; pero ella se retiró, y los lábios de Joos solo tropezaron con la fria reja.

—¿No, Joos, dijo ella, no! Habeis jurado ser mi hermano hasta el dia en que la divina misericordia consagre nuestra ternura; guardad vuestra promesa. ¡Dios mio! ¿no es bastante para una niña, el esponer de este modo por vos su vida y su honor? Porque si en la ciudad llegasen á saber nuestras entrevistas nocturnas, habria perdido para siempre ya mi reputacion; y si mi padre entendiera que á pesar de su prohibicion, no he renunciado á amaros, me mataria.

—No tenéis necesidad de recordármelo, replicó el jóven; no he olvidado que Estina Beemans es la hija del rey de los carniceros, que es rica, y que obstábulos insuperables me separan de ella... ¡A Dios!

—Esta es una de vuestras frecuentes locuras, Joos; ciertamente que no debemos esponernos á tantos peligros, para reñir despues.

Y fuese casual ó de intento, puso su pequeña y blanca mano á la parte á fuera de los hierros, y tan cerca de los lábios del tornero que este la besó. Estina no retiró su mano, sino despues de haber dejado tiempo á su amante para que lo repitiera tres ó cuatro veces.

—¿Y bien! dijo ella, ¿habeis visto á vuestro tio Ulens, y tanteado si podemos tener alguna esperanza en él?

—¡Ah! mi tio no ha querido oirme. ¡Oh! creedme esta vez, Estina; renunciad á vuestro fatal amor hácia un miserable que no os ha ocasionado mas que lágrimas, y que puede sumergiros en un abismo de desgracias.

—¿Y creéis que Estina Beemans, tiene tan poca resolución y perseverancia? ¡Joos! No... por Santa Justina mi patrona; nada en el mundo podrá quebrantar mi resolución.



Estina

—Gracias, Estina, gracias porque me dais valor y felicidad.

—¡Adios, Joos, hasta mañana! Oigo ruido dentro, apresuraos á huir.

En esta ocasion los labios de Joos, se imprimieron en la frente de Estina, y embriagado su corazón de placer, bajó precipitadamente por la escala para volver á tomar la barca. Los pies del jóven se encontraron con el agua, porque la barca habia desaparecido. Creyó Joos que el movimiento de las olas la habria llevado cerca, y estendia las piernas pensando dar con ella y recobrarla; pero fué inútil su tentativa. Como en aquel momento, Estina que le suponía ya fuera de la escala, desataba la cuerda, cayó en el agua hasta la cintura y seguramente habria perecido, si por una especie de milagro, no se hubiesen asido sus manos á un gancho de hierro que habia fijo en la muralla.

Se agarraba cada vez mas, pero no tardó mucho en observar que la grapa estaba gastada por el moño, y fija entre dos ladrillos cedía poco á poco amenazando sumergirle en el río. Era entonces su muerte segura, porque en aquel parage, el fondo que tenia veinte pies de profundidad al menos, y que formaba una especie de fangosa consistencia no le dejaba ninguna esperanza de salvacion si caía en él. No le quedaba mas arbitrio que ganar á nado el malecón; pero la travesía era larga, completa la oscuridad, y la tempestad furiosa. Para colmo de su desgracia al subir por la escala, se recogió la capa y los pliegues de ella empapados de agua, impedían maniobrar al desgraciado.

Encomendó su alma á la misericordia Divina en una corta súplica, despues dejó el clavo y estendió los brazos para nadar. En aquel momento un remo le hirió en la cabeza, y una carcajada se confundió con el ruido del viento y de la tempestad. Despues una barca con dos

hombres que se habia parado delante de la ventana desde el punto en que Joos subió á la escala de seda, se alejó á fuerza de remos.

Entre tanto que esto tenia lugar, el señor Beemans entraba en el cuarto de su hija, y heria los ojos de Estina asombrada, con la luz de una linterna que llevaba en la mano.

—Querida, la dijo con amarga sonrisa, las niñas que toman el fresco por la noche en la ventana, se esponen á costiparse. En lo sucesivo, no tendrás otra habitacion sino el gabinete que dá á mi alcoba. Marcha ahora mismo á tomar posesion de él. Aquel cuarto sombrío es muy á propósito para rezar el *De profundis*, y creo que no harías mal en rezarle porque podría haber alguno que tuviera necesidad de él.

—¡Padre mio, padre mio! ¿qué quereis decir? exclamó Estina en quien un espantoso terror superaba al miedo que tenia á su padre.

—Nada, replicó tranquilo el carnicero; ¿no es deber urar por todos los cristianos? En este momento tenemos una horrorosa tempestad, y si algun barquero se aventurase á andar por el río á estas horas podría sucederte cualquier accidente funesto. Vamos pues á rezar el *De profundis*.

—¡Padre mio! ¡por piedad, salvadle! repuso la jóven abrazando las rodillas de Beemans.

—Calla tú, hija criminal, calla y no hables mas de ese miserable que jugaba con tu honor y te esponía á la pública infamia. ¿Crees que han sido ignoradas por mucho tiempo en la ciudad tus citas nocturnas? ¡Escuchal ya no se sienta ruido ni de remos ni de hombres.... Oigo la puerta de la habitacion que se abre.... Son tus hermanos que vuelven. Han vengado el honor de su familia.

Estina nada oía; gemía desmayada á los pies del carnicero. Este la miró friamente, la echó en la cama, y fué á reunirse á sus dos hijos que le esperaban en la pieza inmediata.

—Y bien, ¿qué me decís? les preguntó.

El primogénito enseñó uno de sus remos teñido de sangre.

—Rompe ese remo, dijo Beemans, hazle pedazos y échalos en el fuego; que nadie llegue á sospechar nuestra venganza. Es menester que atribuyan á la casualidad la muerte de nuestro enemigo. Cuando os hablen mañana, direis: «¡Qué lástima! era un buen mocho.» Ahora iros á acostar ¡sois buenos hijos!

Los abrazó, luego fué á sentarse delante de la chimenea, donde ardían los restos ensangrentados del remo, y concluyó por dormirse despues de haber bebido dos ó tres cuencos de cerveza que hubiesen sido bastantes para embotrachar á un bebedor cualquiera; pero él no experimentó la mas pequeña turbacion, y si se durmió no debe atribuirse mas que al suave calor que despedía la chimenea.

Mientras estos sucesos pasaban dos hombres embozados en sus capas, y cubierta la cabeza con anchos sombreros bajos, recorrían en silencio las solitarias calles de Gante. De vez en cuando uno de ellos se detenía para

observar á la luz de los relámpagos algunos edificios, después seguía su camino, acompañado siempre de su mudo y pasivo compañero. De este modo llegaron á la orilla del matorral. Allí, como si se hubiese recreado con el



G. ZELAO

ruido de las aguas y el bramido de los vientos, el que parecía de mayor importancia de los dos paseantes nocturnos, se sentó en la orilla sin reparar en la lluvia, y se puso á mirar con atención las olas que chocaban entre sí, agitadas y revueltas por la tempestad. En tanto que él meditaba en medio del desorden de los elementos, su compañero menos satisfecho, y también menos iluso, meneaba los pies para entrar en calor, arreglaba los pliegues de su capa, y parecía poco gustoso de hallarse á aquellas horas á la orilla del Liere. Pero ni se atrevía á ir, ni venir, ni á manifestar su disgusto. El otro no se hacía cargo de que el compañero tenía mucho frío, y se figuraba que estaba solo en aquel sitio. Por fin, la tempestad se apaciguó, las nubes que cubrían enteramente el cielo se aclararon, y la luna despedía un rayo de luz por entre dos nubes cenicientas que poco antes la ocultaban completamente. El Liere pareció inflamarse por el reflejo de ella, y el viejo que seguía sentado, exclamó: — ¡Conde, he aquí la imágen de mi destino! La tempestad y la noche á un tiempo, y después el descanso y el esplendor de la vida eterna; los pensamientos del mundo, negros y sombríos; los del cielo brillantes y puros.

Una profunda cortesía sirvió á la vez de respuesta y de asentimiento á esta exclamación.

— Pero ¿qué es aquello que veo allá abajo sobre el agua? exclamó el viejo; no distinguís una cosa que flota? ¡Dios me mate, si no es un hombre que se ahoga! Es menester ir á socorrerle.... No... que no es mas que un cadáver. Mirad, flota tieso y sin movimiento, en tanto que me lo permite ver la claridad de la luna. Parece que está ensangrentada su cabeza; ayudadme querido Conde á traerle hacia la orilla. Mirad, el agua misma nos le

acerca, y con la ayuda de vuestra espada podremos sacarle del río.

Por un movimiento precipitado de impaciencia, arrebató de las manos de su compañero la espada de que este se servía con mucha torpeza, se inclinó sobre el agua y llegó á enganchar el puño del arma que tenía por el extremo de la hoja en los vestidos del abogado; tiró entonces hácia sí con fuerza y le sacó del agua.

— Es un jóven, dijo, su corazón no late y su boca no tiene aliento. Sin embargo, es preciso hacer esfuerzos para volverle á la vida. Acaso no esté enteramente muerto. Ayudadme á trasladarle.

Tomó el cadáver por las espaldas, su compañero le levantó los pies, y de esta suerte se dirigieron ambos á la plaza de Empeal. Una patrulla les encontró, y el oficial que la mandaba quiso averiguar los motivos que tenían aquellos dos hombres para ir por las calles cargados con un cadáver. Luego que el compañero del viejo pronunció algunas palabras, el oficial se descubrió respetuosamente y mandó á dos de sus soldados que tomasen la carga, y obedeciesen en todo las órdenes que recibieran de los desconocidos. Estos hicieron trasportar el cadáver hasta el umbral de una pequeña puerta oscura, cuya llave tenía el viejo; la abrió y al punto tres criados de edad llegaron diligentes, y á una señal recibieron de manos de aquellos veteranos el cuerpo que subieron por una escalera de caracol, que por un extremo desembocaba en la puerta, y por el otro conducía á vastas habitaciones. Allí colocaron el cuerpo sobre una cama, y dos de ellos comenzaron á prestarle socorros bajo la dirección del viejo, al que trataban con el mayor respeto.

— Que se vaya en busca de un sacerdote y un médico, dijo al tercero, que en silencio esperaba sus órdenes, para ver si se salva el alma, sino puede salvarse el cuerpo.

Algunos minutos después entraba el sacerdote y el cirujano.

El viejo cansado de su escursión, se sentó, ó mejor se dejó caer en un gran sillón inmediato al fuego; su hermosa barba que terminaba en punta, sus ojos vivos, cuya mirada no podía resistirse, daban á su semblante pálido y á sus prominentes mejillas, una espresion mas bien de amargura que dulce, y sin embargo el conjunto de sus facciones inspiraba una especie de temor de que no podían prescindir las personas que le rodeaban, aun el mismo sacerdote y el médico. Su traje habitual consistía en un vestido muy sencillo de paño burdo de Flandes, y en su corte se conocía que el sastre había consultado la comodidad mas bien que la elegancia y la moda. A una seña que hizo con la mano que era pequeña y bastante proporcionada, le quitaron la capa, calada toda por la lluvia, y le mudaron el calzado que estaba lleno de lodo, poniéndole anchas chinelas de terciopelo, forradas de armiño. Estos cuidados personales no le impedían observar y dirigir los socorros que necesitaba el ahogado, en quien el lector habrá ya reconocido al pobre Jous.

(Continuará.)

FISICA.

Fenómenos de Óptica.

Cuando un rayo luminoso cae sobre una superficie lisa y no diáfana, se verifica el fenómeno de la reflexión, esto es, que el rayo es reflejado en un plano normal á esta superficie, de tal manera, que el ángulo bajo el cual se refleja hácia el observador, llamado de reflexión, es igual al ángulo sobre que cae que se llama de incidencia. De este modo el observador que vé una imágen ó reflexión la percibe absolutamente lo mismo que si estuviese situada detrás del espejo y á la misma distancia en que se encuentra delante de él. Pero para que tenga lugar este efecto, es preciso que la superficie que refleja el objeto sea perfectamente plana, pues que su concavidad ó convexidad influyen poderosamente sobre la forma de la imágen vista por reflexión. Así, un espejo cóncavo esférico, siguiendo la distancia á que está colocado, un objeto le deja ver mas pequeño y vuelto lo de arriba abajo, ó mas grande y derecho. El espejo convexo lo presenta siempre mas pequeño y derecho. En estos dos casos no hay deformidad en el objeto y sus dimensiones aumentan ó disminuyen siempre en las mismas proporciones. No sucede lo mismo cuando el espejo no tiene la figura de una porción de esfera. Entonces las imágenes aparecen deformes, se alargan ó ensanchan, y ya no son mas que la representacion grotesca de la realidad. Para los que miran estas imágenes á la simple vista, directamente y sin ayuda de cuerpo alguno intermedio, se verifica en este caso el fenómeno de la destruccion de las formas. De aquí pues, deducimos que la forma de la imágen depende de la ley que sigue la luz reflejada, de la figura de la superficie sobre que la imágen viene á retratarse y de la posición del ojo. Se pueden determinar geométricamente las partes diferentes del dibujo que seria necesario trazar sobre un carton plano, para que visto por reflexión en un espejo de forma dada, produjera sobre el ojo del espectador, cuya posición relativa, nos seria conocida, tal ó cual apariencia determinada. Presentaremos á nuestros lectores un ejemplo de este fenómeno, con el cual demostraremos la manera de que deben valerse para producirlo. Supongamos que la figura núm. 1 es el retrato de una muger: dividase vertical y horizontalmente por líneas paralelas y equidistantes circunscriptas por las otras cuatro A B C D. Y prepárese en seguida el dibujo de la figura núm. 2 sobre otro papel separado por el método siguiente. Trázase una línea horizontal a b igual á A B y dividase la primera en tantas partes iguales como hay en la A B. Tirese por medio de la a b una línea e b que le sea perpendicular, y dirijase la S U paralela á a b. La longitud de las dos líneas e u y S U, es absolutamente arbitraria, pero cuanto mas larga sea la primera y corta la segunda, tanto mas resaltará la deformidad de la imágen. Despues de haber trazado desde el punto U á las divisiones de la a b, las líneas U 1, U 2, U 3 y U 4, tirese la línea s b y por cada uno de los puntos en que esta se encuentra las que

parten del punto U, trácense otras tantas horizontales y paralelas á la a b. De este modo habremos obtenido un trapecio a b c d dividido como el cuadro de la figura núm. 1, señalado con las letras A B C D. No nos

Fig. 1.^a

resta pues, mas que llenar las casillas de la figura número 2 con las partes correspondientes en la figura número 1. En esta por ejemplo, la nariz se halla en la segunda division vertical partiendo de izquierda á derecha, y en las tercera y cuarta divisiones horizontales, considerando del punto mas elevado del dibujo. Para trasladarlo exactamente á las divisiones que le corresponden en la figura núm. 2, es necesario desfigurarlo mucho. Deberemos advertir que en proporcion que sea mayor el número de divisiones, tanto mas fácil aparecerá la operacion. El medio mas sencillo es hacer caer los puntos de interseccion de las líneas verticales y horizontales sobre las partes salientes del diseño, despues de lo cual es fácil dibujar el resto de las facciones. De este medio nos hemos valido para trazar la figura núm. 2, la cual vista de un punto particular, pierde toda deformidad y representa exactamente la figura núm. 1. Este punto se encuentra inmediatamente debajo del punto U, y á una altura igual á la distancia de la largura de la línea S. U. Hé aquí el método que debe seguirse para determinarlo. Colóquese la figura horizontalmente delante de una ventana, tómese un pedazo de naípe, cuyo canto inferior debe colocarse sobre la línea S. U., teniendo cuidado de mantenerlo en posición exactamente vertical, hágasele un agujero pequeño debajo del punto U; mírese desde este la figura á una distancia igual á la largura de la línea S U, y á través de este agujero aplicando el ojo al naípe, y se advertirá en el momento que el observador se haya acostumbrado á mirar por este medio que el objeto perdiendo su deformidad, presenta el mismo aspecto que la otra. Seria difícil explicar, sin valernos de demostraciones geométricas y muy prolijas; por qué razon el procedimiento particular que hemos indicado conduce al resultado obtenido. Tal vez nos dejaremos comprender mejor adoptando un medio mecánico para hacer el ensayo, que por lo demas, es en varios casos el mas fácil para ponerlo en práctica. Trácese un plano sobre un papel, designese por medio de agujeros los diferentes contornos y detalles in-

teriores de este plano, colóquese despues verticalmente sobre una hoja de otro papel horizontal, póngase en seguida á cierta distancia del primero una luz, y se verá que los rayos luminosos pasando á través de los agujeros, van á proyectarse sobre la superficie preparada para recibirlos; márchese despues con un lápiz los puntos así obtenidos y habremos conseguido producir el fenómeno deseado.

Fig. 2.^a

El ojo colocado en el punto en que se hallaba la luz, percibirá los contornos del objeto regulares, mientras que se presentará grotesco y deforme á un observador que lo mire desde otro punto cualquiera. En el experimento anterior hemos supuesto en posición horizontal el papel que recibe el fenómeno y el que lo produce, dando paso por sus agujeros á los rayos luminosos, en posición vertical, ambos sobre superficies planas, y el punto luminoso colocado cerca de este último y un poco mas elevado que él, sin embargo estas condiciones pueden variarse á capricho del ensayador. La figura puede indifereentemente dibujarse en un plano vertical é inclinado, la superficie que la recibe puede ser horizontal ó inclinada, plana ó curva, la luz puede colocarse á mayor ó menor altura y mas ó menos cerca de ella; cada una de estas combinaciones que se pueden poner en práctica, darán lugar al mismo fenómeno, aunque ofreciendo diversos aspectos; pero téngase presente, que en todos casos, para ver el objeto en sus proporciones regulares, es indispen-

sable que el observador lo mire desde el mismo punto de donde parte la luz. Este es el principio fundamental del experimento. En general, tales pueden ser los medios empleados, y tal el grado de deformidad de las figuras, que venga á ser totalmente desconocidas para los que agenos á este proceder, las mire por los medios ordinarios.

Algunos artistas han conseguido dar á este fenómeno la apariencia de una figura que se transforma en otra enteramente distinta al mirarla de otro diferente punto de vista. Los ópticos nos presentan algunas veces un fenómeno semejante, que si bien no es mas que un juguete, es sumamente curioso y viene á comprobar nuestro aserto. Colocan la base de un espejo de forma cónica sobre un papel en que estan trazadas multitud de líneas confusas, y en el momento de aplicar el ojo á un punto dado del espejo, se observa que reflejándose en él las líneas, pierden su confusión y nos hacen ver una figura regular. El que este fenómeno tenga lugar, consiste en la ingeniosa aplicacion de la ley que anunciamos arriba, es decir, que en la luz reflejada, el ángulo de incidencia es igual al de reflexion, y aunque este lugar no sea el mas á propósito para descender á dar minuciosos detalles sobre la operacion presentaremos sin embargo algunas ligeras observaciones.

Desde luego el objeto dibujado en un papel, debe circunscribirse en todas sus partes por una circunferencia. Se divide el círculo en segmentos iguales por medio de radios que parten del centro á la circunferencia, y aun estos mismos estan subdivididos por porciones de círculos concéntricos y equidistantes. La superficie del dibujo se halla por este medio dividida en diferentes porciones curvilíneas, de modo, que tanto mas fácil es producir el fenómeno, cuanto mayor es el número de estas. Tales son los medios que se deben emplear para conseguirlo; pero antes es necesario trazar en un papel líneas particulares: he aquí la dificultad de la operacion puesto que se trata de combinar las líneas y los círculos de manera, que cuando el espejo cónico esté colocado sobre el papel y el ojo sobre él, en la prolongacion del eje produzca una figura semejante á la del diseño original. Para esto, es necesario tener presente multitud de circunstancias, como por ejemplo, el diámetro de la base del cono, la relacion de este con la altura, la inclinacion de las aristas y la elevacion del ojo sobre el vértice del ángulo sólido. Todo esto debe determinarse geoméricamente sobre el papel, y se deducirá las líneas y círculos que se buscan. La superficie dispuesta á recibir el fenómeno, se compone de radios y círculos concéntricos como el original, pero en proporciones diferentes; despues de esto se procede á trazar el dibujo.

Aun esto nos presenta algunas dificultades á causa de que la parte del dibujo que ocupa el centro del que nos sirve de base, debe trasladarse á la circunferencia del papel en que queremos representar el fenómeno, mientras que las partes exteriores de este, deben trazarse en el centro, ó mejor cerca de él. Es necesario dejar en el medio espacio suficiente para recibir la base del espejo cónico, y el ojo colocado en un punto designado sobre el vértice de

este, distingue las figuras regulares que se reflejan en él. Todavía es mas sorprendente el efecto al servirse de un espejo de forma piramidal en cuyo caso solo se deja ver al ojo del espectador una pequeña parte de la figura que el papel contiene. Todos los radios que caen sobre los ángulos de la pirámide ó sobre otros planos que no estan en posicion vertical, no se reflejan hácia el ojo del que los mira, ni contribuyen á formar el conjunto de la figura. Por consecuencia se puede trazar cualquiera figura grotesca en las partes que sobre el papel le corresponden, teniendo siempre cuidado de dirigir la operacion con la mayor exactitud en todos los puntos que mandan radios al ojo, y con el fenómeno obtenido por este medio conseguiremos deslumbrar el juicio de un espectador que no esté iniciado en el mecanismo. En estos ensayos, si el diseño tiene colores con el objeto de hacerlo mas sorprendente, es necesaria mucha destreza para graduar las tintas, de modo, que tanto las del centro, como las de la circunferencia, tengan la claridad ú opacidad convenientes.

—><—

POESIA.

LA ALBUFERA.

Bajo de un cielo apacible,
 Que un sol siempre puro ostenta,
 Dó jamás las tempestades
 Su horrible furia desplegan:
 En medio de unas comarcas
 Siempre verdes, siempre amenas,
 Que nunca de alegres flores
 El brillante manto dejan:
 Agitada por las brisas
 De perenal primavera,
 Ceñida de verdes prados
 Y de colinas risueñas:
 A la vista de horizontes
 De perspectiva soberbia,
 Estiéndese hermosa y rica
 La magnífica Albufera.
 Su tranquila superficie
 Un alma pura remeda,
 Donde jamás de los vicios
 El ronco huracan penetra.
 ¡Lago precioso! tú faltas
 A las pinturas eternas,
 Que en sus altas concepciones
 El tierno Taso bosqueja.
 Tú en los jardines de Armida
 La mas rica gala fueras,
 Que el primer lugar mereces
 Del amor en las escenas.
 ¡Cuán placentero es mirarle
 En la gentil primavera!
 ¡Cuán plácido recorrerle
 De otoño en tarde serena!
 ¡Aurora blanda de estío
 Cuán dulce magia le presta!

¡Y qué diré si la noche
 Le dá su pompa secreta!
 Mas ¡oh cuadro inimitable!
 Cuando el sol con luz primera,
 En un manto de escarlata
 Convierte su faz inmensa:
 Cuando mil aves estrañas
 Sus aguas cortan lijeras,
 Y de innumerables barcas
 Que veloces la atraviesan,
 Elévanse bulliciosas
 Provinciales cantilenas
 Al estrépito discorde
 De mil y mil escopetas:
 Un bello ideal ofrece
 De tanta magnificencia,
 Que estasiada el alma cede
 Al placer y á la sorpresa.
 Rafael en su entusiasmo
 Adivinarlo pudiera;
 Empero á reproducirlo
 No alcanzará su paleta.
 Cantad, vates de otros climas,
 Vuestro lago de Ginebra,
 Los campos que baña el Tiber,
 Las gratas costas de Grecia:
 Los fértiles Apeninos,
 Las campiñas de Florencia,
 O en el puente de Rialto
 Las delicias de Venecia,
 ¿A qué recorrer países
 Para describir bellezas?
 ¿Cuál las ofrece mayores
 Que la cara patria nuestra?
 Yo celebro con orgullo
 Esa inestimable perla,
 Con que tanto resplandece
 La corona de Valencia.
 Ese lago deleitoso
 Que sus campos hermosea,
 Y que en sus límpidas ondas
 Los claros cielos refleja.
 Guarde orgullosa Suiza
 Sus lagunas pintorescas,
 Y entre sus vistosos valles
 Sus agradables aldeas.
 Guarde la antigua Germania
 Ese Rhin, que altiva ostenta,
 Y sus Alpes gigantescos
 Y sus noches novelescas.
 Gócese la rica Francia
 Con su celebrado Sena,
 Y en su Támesis grandioso
 La triste Albion se envanezca.
 Tienes tú, mi dulce España,
 Mas primores mas riquezas:
 ¡Europa mira envidiosa
 Tu encantadora Albufera!

CRÓNICA.

En estos últimos días se ha construido en la Puerta del Sol, esquina á la calle de Carretas, un remedo ridículo de los *Bornes decentes*, ó columnas artesianas de París, de que habla-



1846

mos en nuestro artículo de, «Mejoras de Madrid.» Hemos creído oportuno publicar el dibujo que acompaña á estas líneas, para que nuestros lectores puedan apreciar la diferencia que existe entre la elegancia de las columnas elevadas en la capital de Francia, y la mezquindad de las que se tratan de hacer en la nuestra.

La única novedad teatral ocurrida desde nuestra última Crónica, es la representación del *Nabuco* en el teatro del Circo. La ejecución de esta ópera ha sido verdaderamente maravillosa; Ronconi y Marini han interpretado con una valentía extraordinaria la vanidad de *Nabuco*, y la religiosa inspiración del profeta Zacarías. La señora Giordano tenía la gran desventaja de luchar con los recuerdos que ha dejado la Rafacelli en el repertorio lírico de Verdi.

La autoridad impuso el lunes último á la empresa de la plaza de Toros tres mil reales de multa, á consecuencia del escandaloso engaño que sufrió el público, con la mal llamada corrida de aquella tarde. Consideramos insuficiente esta pena, y creemos convendría disponer, siempre que se repitieran semejantes abusos, del producto íntegro de la función á favor de los Establecimientos de Beneficencia. Ya que la casualidad ha hecho que hablemos de toros, apuntaremos las dos preguntas siguientes: ¿no es conveniente y aún necesario evitar las pérdidas que se originan al trabajo, á la industria y al comercio, de esa perjudicial costumbre de consentir que se celebren las corridas de toros en días no feriados? Ya que son una diversión popular, sostenida acaso más por la costumbre, que por el placer que ella proporciona, ¿no sería útil, que la autoridad señalara los domingos, con esclusión de todo otro día, para que tuvieran lugar, consiguiendo por este medio que no se distrajera á los jornaleros, ni perdieran seis ú ocho horas todos los lunes, pérdida que aunque de poca monta al parecer, si se apreciara, al cabo del año ascendería á una suma enorme?

LA SEMANA PINTORESCA.

COLECCION ECONOMICA DE NOVELAS ESPAÑOLAS Y ESTRANJERAS

MARTIN EL ESPOSITO,

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

novela escrita en francés

POR M. E. SUÉ,

Traducción

DE D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Edición de lujo con grabados y láminas aparte del texto, bajo la dirección de D. V. Castelló.



Beaucadel.

Se publica por cuadernos de 48 páginas, de hermoso papel e impresión, y con multitud de grabados.

Cada uno cuesta 2 rs. á los suscritores. A los ocho días de publicado en París el primer folletín del *Constitucional* que contenía la novela, se repartió ya medio cuaderno de nuestra edición, y continúa con tal rapidez, que camina casi á la par con los periódicos. Van repartidos dos cuadernos, y en ellos dos tipos como el que ponemos de muestra.

Dentro de pocos días, comprenderá nuestra edición todo el texto del primer tomo francés de la obra. Se suscribe en los mismos puntos que al *Semanario* y al *Siglo*.

Madrid 1846.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de los SS. *Real* y Castelló, calle de Bortolera n. 29.